

XV

Eran más de las ocho cuando llegaron á San Carlos. Un granujilla que tosía mucho, se precipitó á abrir la portezuela del coche. Doña Felicidad sonrió satisfecha al sentir la cola del vestido de seda arrastrando sobre la alfombra del pasillo de palcos.

La función había comenzado. A luz baja, en el escenario, se veía la decoración clásica de la celda de un alquimista. Arropado en un balandrán monástico, con abundantes é hirsutas barbas grises, cantaba Fausto la desilusión de la ciencia, poniendo sobre el corazón la mano en que fulguraba un brillante. Un rayo de luz erraba por la escena. Aquí y allá tosían. Había poca gente, que iba entrando muy poco á poco.

En el palco se colocaron doña Felicidad y Luisa cuchicheando, con negativas y súplicas.

—No lo permito, doña Felicidad...

—Pero si estoy bien...

—No lo consiento...

Al fin doña Felicidad hubo de sentarse en la delantera y Luisa quedó atrás, poniéndose los guantes, en tanto que Jorge colocaba sillas, furioso contra su sombrero que se había caído dos veces.

—¿Tiene usted taburete, doña Felicidad?

—Sí, gracias, aquí lo toco—dijo moviendo los pies.

—¡Qué lástima no poder ver á la real familia!...

En los palcos iban apareciendo los altos peinados llenos de postizos y las blancas pecheras. Entraban los abonados de butacas lentamente; con aire aburrido é íntimo, atusándose el cabello. Se cuchicheaba; en el fondo de la platea surgía inquieto rumor de gente del pueblo; á la entrada, sobre el palco real veíanse correaes de municipales y sombreros de policías, brillando á la luz, empuñaduras de sables.

En la orquesta surgieron estremecimientos metálicos de sobrenatural pavor; Fausto temblaba como árbol que sacude el viento; estalló ruido así como de latas fuertemente sacudidas y Mefistófeles irguióse en el fondo, vestido de rojo, moviendo las piernas con aire de charlatán, con su insolente barbilla. Mientras su voz poderosa saludaba al doctor, las plumas rojas de su birrete oscilaban sin cesar de un modo fanfarrón.

Luisa se puso delante; al ruido de la silla se volvieron á mirarla y pareció bonita; ella, turbada, miró seria al escenario donde apareció Margarita hilando y vestida de blanco. La luz eléctrica que la envolvía en un nimbo, la hacía aparecer como de marmol y doña Felicidad la comparó á una santa.

Desapareció la visión y Fausto, que estaba inmóvil en el fondo del escenario, se agitó dentro de su túnica y de sus barbas y surgió joven, robusto, vestido de color claro, cubierto de polvos de arroz atusando el rizado cabello. Las luces de la escena

umentaron; resonó música alegre y expansiva: Mefistófeles se apoderó de él y lo arrastró consigo á través de la decoración. El telón bajó rápidamente.

Las plateas dejaron oír rumor sordo. En los palcos se hablaba poco y los gemelos de teatro movíanse como puntos luminosos.

En la platea, entre los claros de butacas, algunos requebraban sentados lánguidamente y otros puestos de pie sobábanse taciturnos los guantes: viejos *dilletanti* tomaban rapé y se sonaban en los pañuelos de seda; doña Felicidad se interesaba por dos bellísimas españolas que en la galería erguían sus arrogantes bustos.

Un compañero de Jorge entró en el palco y contó que la de Palma, el diputado, había huido...

—¿Al extranjero?

—¡Nol Aquí está lo gracioso... ¡A casa de un español que vivía enfrente! ¡Era divino aquello! ¡Por lo demás—dijo gravemente—estoy entusiasmado con el bajo!

El timbre avisó y el ingeniero salió de puntillas.

A mitad de acto Luisa vió ruborizarse á doña Felicidad y siguiendo su mirada, descubrió entre la gente la pulimentada calva del Consejero, que saludaba, prometiendo generosamente con la mano su visita.

Subió cuando acabó el acto y las felicitó por haber elegido aquella noche; la ópera era de las mejores y había buena gente. Tomó los gemelos de Luisa y explorando los palcos, les citó los títulos y las herederas ricas, nombró los diputados y mostró los literatos. ¡Ah! ¡Hacía dieciocho años que iba á San Carlos y lo conocía bien!...

Doña Felicidad lo miraba ruborizada. El Conse-

jero sentía que no pudieran ver el palco real; estaba la Reina, adorable como siempre.

—¿De veras? ¿Cómo viste?

—De terciopelo.

No sabía si rojo ó azul obscuro, pero se enteraría.

Cuando comenzó el acto siguiente, se sentó á espaldas de Luisa y comenzó á decirle que aquella—Isabel cogiendo flores en el jardín de Margarita,—como segunda tiple ganaba quinientos mil reis por mes...

—Pues á pesar de eso, mueren casi siempre en la miseria—dijo con acento de reprobación.—Vicios, cenas, orgías, excursiones...

Margarita entró lentamente deshojando la legendaria flor. Luisa se impresionó con la triste y melodiosa balada del rey de Thulé.

El Consejero advirtió:

—Atención ahora... Esta es la escena culminante...

La tiple, sonriente, cantaba arrodillada oprimiendo el collar con las manos; bailaba con delirante monería y de su boca salía un canto picado, cristalino, maravilloso. Fué al final ovacionada.

Doña Felicidad tenía miedo de que la estallase algo en la garganta y se preocupaba de las joyas. ¿Serían falsas? ¿Serían de ella?

—Son bastantes para una tentación, ¿verdad?

—Es un drama—dijo el Consejero en voz baja.

Cuando Mefistófeles arrastraba á la buena Marta y Fausto y Margarita huían hacia el tentador jardín, doña Felicidad dijo al Consejero entre reprensiva y extática:

—Cuántas veces habrá usted hecho eso, calaverón...

El Consejero la miró indignado.

— ¡Señora mfa! ¡Llevar el deshonor al seno de una familiar!

Luisa le mandó callar. Fausto y Margarita, abrazados, casi desfallecidos, dejaban oír su *duetto*; delicado sensualismo con toques de reminiscencia devota, flotaba sobre la orquesta; el tenor se esforzaba con cansado gesto y la mirada velada, y saliendo del arco perezoso de los violoncellos, subía el canto á las estrellas...

*Al pallido chiarore  
dei astri d' oro...*

El corazón de Luisa latió precipitadamente; vióse sentada en el diván de su sala, aun agitada por los sollozos del adulterio, mientras Basilio, con el cigarro en la boca, tocaba distraidamente en el piano aquel aria... Desde aquella noche venía su desventura... y de pronto, súbitamente, el recuerdo de Juliana y Sebastián le nublaron el alma.

Miró al reloj: eran las diez. ¿Qué había pasado?

— ¿Estás molesta? — preguntó Jorge.

— Un poco.

Terminó el acto con el abrazo de Margarita y Fausto, entre las carcajadas del diablo y el golpear de los timbales, cayendo el telón como insinuación pudibunda...

Doña Felicidad quería agua. Cuando Jorge salió le acompañó el Consejero, que fué á tomar su bocado de gelatina.

— Es mi cena — dijo — cuando vengo á San Carlos.

Se reunió luego con Jorge, que estaba fumando en el descansillo de butacas. Sobre la pared había dibujos obscenos é indicaciones sexuales con buena y cursiva letra.

— ¡Por donde pasan señoras! — decía Jorge. — ¡Lea usted! ¡Esto sólo pasa en Portugal!

— La autoridad debía intervenir. Hacen esto jóvenes con el cigarro. En cierta ocasión me invitó el conde de Rica-Villa á que hiciese un dibujo, y tomando yo el cigarro, le dí una lección severa...

— ¿Se lo fumó usted?

— No; escribí...

— ¿Alguna indecencia?...

— ¡Jorge! Usted que me conoce puede suponer...

Tomé el cigarro y escribí con mano firme: *¡Honor al mérito!*

Sonó el timbre y entraron en el palco. Luisa estaba molesta y no quiso el sitio preferente, que ocupó el Consejero, muy serio, frente á doña Felicidad. Fué aquel, para la monumental señora, el momento de su más completa dicha. ¡Estaban allí los dos como novios! Conmovida, se veía ya salir con él de bracetete, entrar en un estrecho cupé, parar en la casa conyugal, pisar la alfombra de la alcoba nupcial... Sudaba hasta la raíz de los cabellos, y al ver al Consejero sonreírla, con su calva brillante á la luz, sentía apasionado reconocimiento por la saludadora de Galicia que clavaba agujas en su corazón de cera...

Pero de pronto, el Consejero salió del palco, como disparada flecha. Todos le miraron inquietos. Doña Felicidad palideció... ¿Sería algún dolor, santo Dios? Y murmuró una oración.

Le vieron entrar en seguida, diciendo con aire triunfante:

— ¡De azul obscuro!

Le miraron atónitas, sin comprender.

— ¡Su Majestad la Reinal! ¡Lo prometió y lo ha cumplido!

Y ocupó su asiento nuevamente, diciendo á Luisa:  
—Lamento que esté usted ese rincón... ¡A su edad!  
¡En la flor de la vida! ¡Cuando todo es de color de  
rosal..

Luisa sonrió.

Rumores de riña surgieron de la platea, y poco  
después, varios agentes de policía aparecieron lle-  
vando á un sujeto, lívido, que se tambaleaba.

Pero Luisa, con el corazón oprimido, pensaba en  
lo que estaría haciendo Sebastián á aquella hora...

••

A las nueve salió Sebastián de su casa, arrostran-  
do el agudo nordeste que hacía temblar las luces de  
gas dentro de los faroles, y se fué lentamente á casa  
de un comisario de policía, primo suyo. llamado Vi-  
cente Azurara. Una criada vieja y maltrecha de  
ropa, le llevó á su alcoba de soltero, en la que el se-  
ñor Comisario sudaba un fuerte constipado. Le halló  
cubierto con un gabán, envueltas las piernas en una  
manta, tomando *grogs* calientes y dedicado á la lec-  
tura de *El hombre de los tres calzones*. Cuando en-  
tró Sebastián se quitó los lentes de la nariz, y alzando  
á él los ojos llorosos, exclamó:

—Estoy endiablado, con un constipado que hace  
tres días no me deja.

Gruñó un poco, pasando la mano flaca y sucia por  
su moreno rostro de líneas duras, al que un espeso  
bigote daba cierta fiereza.

Sebastián lo lamentó mucho. ¡No era extraño, con  
aquel frío! Le aconsejó agua sulfúrica.

—No; si no se quiere ir — dijo el Comisario, —le ati-  
zo mañana media botella de ginebra, y si no de gra-  
no, saldrá por fuerza. Y ¿qué hay de nuevo?

Sebastián tosió, se quejó de estar malucho, y sentándose junto al primo Vicente, dijo, poniéndole una mano sobre la rodilla:

—Vicente... Si yo te pidiera un policía para que me acompañase á un asuntillo, sólo para que le viesen, para que cierta persona restituyese lo que ha robado... ¿darías la orden, eh?

—Orden, ¿de qué?—preguntó el Comisario mirando á Sebastián.

—Orden para que me acompañe, para que le vean, sólo para que le vean. Es un negocio delicado. Para meter miedo... Ya sabes que yo no soy capaz... Es para que una persona restituya lo que robó, sin dar escándalo.

—¿Ropas ó dinero?

El Comisario retorció despacio su bigote con sus dedos afilados, largos y quemados del cigarro.

Sebastián dudó.

—Sí, ropas... objetos... sin escándalo... Ya puedes figurarte que...

Vicente murmuró:

—Un policía para meter miedo...

Se sonó ruidosamente, y torciendo el gesto, dijo:

—¿No es cosa de política?

—No —dijo Sebastián.

—¿No se trata de gente principal...?

—¡Cá, hombre!

—Un policía para meter miedo...—murmuraba el Comisario. Tú eres un hombre honrado... Trae aquel cartapacio que está en la cómoda.

Sacó un papel rayado, lo examinó poniéndose los lentes y meditó:

—Méndez... ¿Te sirve Méndez?—preguntó.

Sebastián, que no conocía á Méndez, repuso:

—Sí, el que quieras. Es sólo para que le vean...

—Pues Méndez: es un hombre dispuesto y serio; fué de la Guardia.

Se hizo acercar un tintero, escribió una orden, la leyó dos veces, puso las tildes en las *tt*, la secó á la luz del quinqué, y doblándola con solemnidad, se la entregó á Sebastián, diciendo:

—¡Segunda división!

—Gracias, Vicente, por favor tan grande. Abrígate y no te olvides del agua sulfúrica, farmacia de Acevedo, calle de San Roque; con medio litro de leche hervida... Gracias... ¿No mandas nada?

—No. Dale una propina á Méndez. Es hombre serio, de la Guardia.

Y poniéndose los lentes, continuó leyendo *El hombre de los tres calzones*.

Media hora después Sebastián seguido de Méndez que marchaba militarmente con los brazos un poco arqueados, se dirigía á casa de Jorge. No tenía plan formado. Pensaba lógicamente que Juliana al ver á semejante hora al policía, se atemorizaría y pensaría en seguida en la "Buena hora Limoeiro", en la costa de Africa. Entregaría las cartas y pediría misericordia. ¿Y después? Pensaba en pagarla pasaje hasta el Brasil ó darla quinientos mil reis para que fuera á establecerse lejos, en una provincia... Vería, lo esencial era aterrarla.

Efectivamente, Juliana se puso lívida al abrir la puerta y ver detrás de Sebastián al policía con cara de pocos amigos y exclamó:

—¡Ave María! ¿Qué hay?

Estaba abrigada con su chal negro y el quinqué que llevaba en la mano prolongaba en la pared su perfil antipático.

—Señora Juliana—dijo tranquilamente Sebastián—haga usted el favor de encender luz en la sala.

Ella fijaba en el policía su mirada inquieta.—

—¿Pero qué ocurre señor? Los señores no están. Si lo hubiera sabido no les abro, no... ¿Hay alguna novedad?

—No es nada—dijo Sebastián abriendo la puerta de la sala—todo se hará en paz.

Encendió él mismo con un fósforo una de las bujías.

—Siéntese, señor Mendez, siéntese.

Mendez sentóse en el borde de una silla con la mano en el cinturón, el sable entre las piernas y la cara grave.

—Esta es la persona—díjole Sebastián señalando

á Juliana, que estaba petrificada en la puerta de la sala.

—Señor don Sebastián ¿qué broma es esta?—dijo retrocediendo...

—No es nada... no es nada...

Tomó el quinqué y dándola en el brazo, dijo:

—Vamos allá dentro, al comedor...

—¡Pero cómo! ¿Es algo que tiene que ver conmigo? ¡Dios mío!

Sebastián cerró la puerta del comedor, puso el quinqué sobre la mesa, en la que había viandas en un plato y un poco de vino en una copa, dió unos cuantos paseos y luego, parándose bruscamente ante Juliana, exclamó:

—Deme usted unas cartas que robó á la señora...

Juliana hizo un movimiento como para abrir la ventana y gritar.

Sebastián la cogió del brazo y sentándola con fuerza sobre una silla:

—Escusa usted gritar desde la ventana porque la policía está dentro de casa. ¡Deme usted las cartas, ó sinó!...

Juliana entrevió un calabozo oscuro en Limoeiro, el caldo del rancho...

—¿Pero qué he hecho yo?—balbuceó.

—Robar las cartas. ¡Vengan pronto!...

Juliana, sentada al borde de la silla, se apretaba desesperadamente las manos y gruñía entre dientes:

—¡La hipócrita, la hipócrita!

Sebastián impaciente echó mano al tirador de la puerta para abrir.

—¡Espere usted con mil demonios!—gritó Juliana levantándose de un salto.

Le miró rencorosamente, se desabrochó el corpiño, metió la mano en el pecho y sacó una carte-